



En la plaza de la Cebada, de Madrid, se ajustició, entre otros, a Luis Candelas y al cura Merino.

Gutiérrez Solana LA PLAZA DE LA CEBADA

La ejecución como espectáculo. La madrileña plaza de la Cebada como espacio teatral donde fueron ajusticiados Luis Candelas y el cura Merino mientras se apretaban los espectadores en los balcones de las casas para asistir a la llegada del reo, su ascensión al patíbulo y la agonía.

Todo esto nos describe José Gutiérrez Solana, tan eficaz narrador como extraordinario pintor, en estas páginas correspondientes a «Madrid callejero» (1).

(1) José Gutiérrez Solana. Obra literaria. Taurus Ediciones.

ESTAMOS en la plaza de la Cebada, en este lugar que tantos recuerdos tristes tiene, pues una vez que ya cesaron las ejecuciones y los autos de fe que con tanto ornato y pompa se hacían en la Plaza Mayor, el verdugo tomó aquí su asiento. Aquí se ha ajusticiado a muchos criminales y ladrones y a hombres que perdieron su vida por una causa noble y vicisitudes políticas: Latorre, Iglesias, Plaza, Mlyar Richard, La Chica y el general Riego, al que este año se ha hecho su centenario, pobre, sin pompa oficial y casi en silencio.

Se hacían las ejecuciones en esta plaza en época en que todavía sus calles tenían poca importancia y en que los edificios que la rodeaban eran de los más descuidados y destalados de Madrid. Más tarde, cuando este sitio fue adquiriendo importancia, las ejecuciones en público se hicieron más vergonzosas y se trasladaron más abajo, pasado el Matadero y la Puerta de Toledo, al lugar donde hoy se hace el mercado de caballerías; luego, las ejecuciones se fueron alejando al Campo de Guardias.

Ya a la pena de muerte se le ha quitado la teatralidad del espectáculo: el verdugo sólo trabaja ante las autoridades, los empleados de la cárcel y los Hermanos de la Paz y Caridad —que algunos perte-

necen a la aristocracia—; ya no existe ese público numeroso que esperaba desde las altas horas, estrujándose y dándose empujones para colocarse en los mejores sitios, esperando al clarear del día la llegada del reo con su triste acompañamiento de frailes, curas y de gente armada. Ese público que observaba los movimientos y la agonía del reo haciendo chistes sobre su compostura y valor en los momentos precursores a la muerte, mientras comían churros y daban largos tientos a la bota.

En los balcones de las casas desde donde se podía presenciar la ejecución se cedía sitio, ya de antemano y como un obsequio, a las personas conocidas y de amistad, para no perder detalle en un acontecimiento tan interesante y que no todos los días era posible contemplar. El recuerdo perduraba entre los asistentes y se pasaba de padres a hijos, sobre todo si se trataba de un criminal o de un ladrón famoso.

Luis Candelas fue ejecutado en 1837, a las once de la mañana, y todavía se recuerda su entereza a la hora de la muerte y las palabras con que se despidió del público que presenció su ejecución: «Como hombre, he sido pecador; pero jamás se mancharon mis manos con la sangre de mis semejantes. ¡Adiós, patria mía; sé feliz!».

Dos años después, el público de Madrid volvía a pasar por la plaza de la Cebada, agolpándose en las afueras de la Puerta de Toledo para presenciar la ejecución de los compañeros de Candelas, Balseiro y Paco «El Sastre», cuyo paso los iba anunciando el triste sonido de la campanilla.

Balseiro conservaba más la entereza, y subió lentamente las escaleras del patíbulo, despidiéndose del sacerdote al dirigirse al banquillo, mientras que los Hermanos de la Paz y Caridad, una vez ajusticiado, rodearon su cadáver para que no lo viese Paco «El Sastre», que estaba sumamente abatido y que no hizo más que exhalar suspiros hasta que el verdugo le dio la muerte.

También se recuerda el crimen de los hermanos Antonio y Clara Marina, que en el año 49 asesinaron a su amo y al cómplice que les ayudó y no quiso seguir sus consejos de robo. Fueron estos hermanos conducidos desde la cárcel al sitio de costumbre de la ejecución montados sobre caballerías y vistiendo los dos túnicas negras.

Pero la ejecución que más apasionó a la gente fue la del cura Merino, por la rareza de tratarse de un sacerdote, y en que la Justicia y el público parecieron ensañarse con él, faltando a todas las reglas de la caridad cristiana, pero que soportó valientemente el cura con su gran valor y entereza, que nunca desmayó.

Era un hombre raro el cura Merino, y del que no se ha podido explicar por qué razones atentó contra la vida de Isabel II el día 2 de febrero de 1852, cuando la Reina regresaba a palacio después de dar gracias a la Virgen por haber podido salir bien del alumbramiento de la princesa Isabel.

El cura Merino, que esperaba la llegada de la Reina con pretexto de darle un memorial, descargó en el costado de ésta una puñalada, que no ofreció síntomas de peligro.

A los gritos de «¡Muerte y golpes

contra el asesino!», fue conducido al cuarto de los alabarderos, donde sufrió los primeros interrogatorios, de los que resultó: que el cura Merino era natural de Logroño; que había estado diferentes veces en Francia; que había tomado parte en los sucesos de julio de 1822, y que, siendo perseguido al año siguiente, se había trasladado de nuevo a Francia, donde ejerció el curato en un pueblo próximo a Burdeos.

Físicamente, era un hombre de mediana estatura y enfermizo, pues tenía un padecimiento crónico del estómago y una afección al hígado.

Por la noche fue trasladado a la cárcel del Saladero, donde comenzó su rápido calvario; el día 3 de febrero se hizo la vista pública en la Sala de la misma cárcel, y el día 5, después de oído el fiscal, se dictó la sentencia, imponiendo al reo la pena de muerte en garrote y que fuera conducido al patíbulo con ropa amarilla y birrete del mismo color, adornado todo con manchas encarnadas.

Por la tarde, temprano, se llevó a cabo la ceremonia de la degradación, que fue imponente.

Se verificó ésta en una de las salas de la cárcel, que estaba atestada de gente, y para que pudieran contemplarla los que estaban en la calle, se abrieron de par en par los balcones. Fue ésta hecha por tres obispos con sus secretarios, comisionados por el arzobispo de Toledo. Ante ellos apareció el cura Merino firme y sereno, dirigiendo una mirada de curiosidad al público que le contemplaba. Llevaba las manos fuertemente atadas a la espalda y en los pies amarradas las dos cuerdas, de las que sujetaban dos granaderos; el alcalde llevaba también una mordaza por si era menester. Le fue entregado el cáliz, la patena y la hostia consagrada después de decirle: «Te privamos de la celebración de la Misa por los vivos y los difuntos», y después le rayaron con un cuchillo las yemas de los dedos, con lo que le quitaron la facultad de decir Misa, consagrar

LA PENA DE MUERTE

y bendecir. Mientras se hicieron todas estas operaciones, el cura Merino conservó la mayor compostura y unión religiosa, aunque tuvo algunos detalles de humorismo cuando le cortaron el pelo de la coronilla entre el obispo y el peluquero; el cura Merino le dijo: «No corte usted mucho, porque hace frío y puedo resfriarme».

Luego, cuando se terminaba la ceremonia y el público de la calle prorrumpía en vivas a la Reina, Merino no pudo menos de exclamar: «¡Por qué no cierran esos balcones, y no lo digo por mí, sino por la solemnidad del acto!». Después de esto, el obispo de Málaga puso al reo a disposición del Juzgado, para que le condujese a la capilla de los ajusticiados. En ella estuvo muy complaciente con todos los Hermanos de la Paz y Caridad y especialmente con el duque de San Carlos, con el que tuvo largas conversaciones, y con el cura Puig y Esteve, al que demostró ser hombre ilustrado y excelente latinista. Más tarde se confesó, recibió el Viático e hizo testamento en favor de su criada, Dominga Castellanos, a la que tenía gran cariño, y dejando sus libros a un catedrático de la Universidad.

Algunos de sus acompañantes en la cárcel elevaron una solicitud de

indulto a la Reina, que fue denegado. Merino durmió algunas horas, y por la mañana temprano rezó algunas oraciones y se desayunó con un chocolate y unos bollos. Ya tarde, a eso de las doce, le presentaron la hoga, a cuya vista exclamó: «¡Es fea, pero no tanto como yo creía!».

Cuando salió de la cárcel rezó una salve en latín ante la Virgen, despidiéndose cariñosamente de todos. Montó diligente en el borriquito que había de conducirlo, y en la mano llevaba tranquilamente una imagen de la Virgen, a la que dirigía miradas y de la que apartaba la vista algunos momentos para mirar al público. Al pasar junto a una iglesia, dijo: «Esta torre está muy inclinada». La escalera del patíbulo la subió sin necesidad del auxilio de nadie, y al querer hablar al público, ahogaron su voz los gritos del pueblo, que gritaba: «¡Viva la Reina!». El cura Merino, sin descomponerse, se sentó en el banquillo, diciendo al verdugo: «Cuando usted quiera», y empezó a rezar al credo; mientras, el verdugo daba vueltas al fatal tornillo, y el frustrado regicida dejaba de existir. El cadáver de Merino fue quemado en el cementerio, donde se le condujo, y sus cenizas, esparcidas en la sepultura común.

lores del día. Nunca pudo verse una multitud más alegre y bulliciosa, con aquellos tintes de añil y de fresa que parecían tremolar al mismo ritmo de las banderas, en la mañana límpida y soleada. Las fámulas del Comisario estaban acomodadas a las ventanas, gritando y riendo —y riendo más aún cuando la estremecida mano de un oficial se les subía por encima de las corvas—. Muchos niños se habían trepado al techo de los edificios para ver mejor. Humeaba la fritura, derramándose las jarras de jugos y garapiñas, y el ron clarín, tempranamente bebido, sobrealzaba los ánimos. Sin embargo, cuando Monsieur Anse se presentó en lo alto del patíbulo llevando sus mejores ropas de ceremonia —tan grave en su menester como bien descañonada por el barbero— se hizo un hondo silencio. Pointe-a-Pitre no era el Cabo Francés, donde, desde hacía tiempo, existía un excelente teatro alimentado de novedades por compañías dramáticas de tránsito para la Nueva Orleans. Aquí no se tenía nada semejante; nunca habiase visto un escenario abierto a todos, y por lo mismo descubrían las gentes, en aquel momento, la esencia de la Tragedia. El Fatum estaba ya presente, con su filo en espera, inexorable y puntual, acechando a quienes, por mal inspirados, habían vuelto sus armas contra la Ciudad. Y el espíritu del Coro se hallaba activo en cada espectador, con las estrofas y antiestrofas que brincaban y rebrincaban por encima del tablado. De pronto apareció un Mensajero, abrieron paso los Guardias, y la carreta hizo su entrada en el vasto decorado de la Plaza Pública trayendo a los dos condenados, de manos unidas por un mismo rosario, encima de las muñecas amarradas. Se oyeron solemnes redobles de cajas; funcionó la búsula, cargando con el peso de un hombre obeso, y cayó la cuchilla en medio de un clamor de expectación. Minutos después, las dos primeras ejecuciones estaban consumadas... Pero no se dispersó la multitud, acaso sorprendida, al momento, de que el espectáculo trágico hubiese sido tan breve —con aquella sangre aún fluida que se escurría entre las rendijas del escenario. Pronto, por sacarse del horror que los tenía como estupefactos, pasaron muchos, repentinamente, al holgorio que habría de alargar aquel día que ya se daba por feriado y de sueto. Había que lucir las ropas recién estrenadas. Había que hacer algo que fuese afirmación de vida ante la Muerte. Y como los bailes de figuras eran los más apropiados para valorar atuendos y alborotar el tornasol de las faldas carmañolas, se dieron algunos a armar contrandanzas de adelantar y retroceder en ringlera, mudar de parejas, hacerse reverencias y contonear las cinturas, desatendiendo a los bastoneros impro-

visados que trataban, en vano, de mantener alguna compostura en las filas y grupos. Al fin, tanta era la algarabía, tantas eran las ganas de bailar y saltar y reír y gritar, que se liaron todos en una enorme rueda, pronto rota en farándula, que, luego de dar vueltas en torno a la guillotina, se lanzó a las calles aledañas, yendo y regresando, invadiendo traspatios y jardines, hasta la noche. Ese día se inició el Gran Terror en la isla. No paraba ya la Máquina de funcionar en la Plaza de la Victoria, apretando el ritmo de sus tajos. Y como la curiosidad por presenciar las ejecuciones era siempre viva donde todos se conocían de vista o de tratos —y guardaba éste sus rencores contra aquél, y no olvidaba el otro alguna humillación padecida...— la guillotina empezó a centralizar la vida de la ciudad. El gentío del Mercado se fue mudando a la hermosa plaza portuaria, con sus aparadores y hornillas, sus puestos esquineros y tenderetes al sol, preguntándose a cualquier hora, entre diplomes de cabezas ayer respetadas y aduladas, el buñuelo y los pimientos, la corosola y el hojaldre, la anona y el pargo fresco. Y como era muy apropiado para tratar negocios, el lugar se transformó en una bolsa volante de escombros y cosas abandonadas por sus amos, donde a subasta podía comprarse una reja, un pájaro mecánico o un resto de vajilla china. Allí se cambiaban arneses por marmitas; naipes por leña; relojes de gran estilo por perlas de la Margarita. En un día se elevaban el mostrador de hortalizas, el escaparate de buhonías, a la categoría de tienda mixta —tremendamente mixta— donde aparecían baterías de cocina, salseras armortadas, cubiertos de plata, piezas de ajedrez, tapicerías y miniaturas. El patíbulo se había vuelto el eje de una banca, de un foro, de una perenne almoneda. Ya las ejecuciones no interrumpían los regateos, porfías ni discusiones. La guillotina había entrado a formar parte de lo habitual y cotidiano. Se vendían, entre perejiles y oréganos, unas guillotinas minúsculas, de adorno, que muchos llevaban a sus casas. Los niños, aguzando el ingenio, construían unas maquinillas destinadas a la decapitación de gatos. Una hermosa parda, muy distinguida por un lugarteniente de De Leysegues, ofrecía licores a sus invitados en unos frascos de madera, de forma humana, que al ser colocados en una búsula largaban los tapones —con graciosos rostros pintados, claro está— bajo la acción de una cuchilla de juguete, movida por un pequeño verdugo automático. Pero, a pesar de las muchas novedades y diversiones traídas en aquellos días a la vida pastoril y recoleta de la isla, podían observar algunos que el Terror empezaba a descender los pedlaños de la condición social, segundo ya a

Alejo Carpentier

LA GUILLOTINA EN EL NUEVO MUNDO

Víctor Hugues llevó a Guadalupe las ideas de la Revolución francesa y también cruzó el océano la guillotina: «Ahí estaba el armazón, desnuda y escueta, nuevamente plantada sobre el sueño de los hombres, como una presencia —una advertencia— que nos concernía a todos por igual...». Como en el texto de Solana, en este de «El siglo de las luces», de Alejo Carpentier (1), las ejecuciones —por la guillotina ahora— aparecen como convocatorias espectaculares y masivas.

(1) «El siglo de las luces», Alejo Carpentier. Barral Editores.

TODAVIA quedaban algunos focos de resistencia en la Base-Terre. Pero el arresto de los hombres traicionados por Graham se esfuamaba en cuanto ellos lograban apoderarse de alguna balandra para huir a una isla vecina. Cuando cayó el Fort-Saint-Charles, dióse por terminada la campaña. La Desirade y la María Galante —cuyo gobernador, ex constituyente pasado al servicio de Inglaterra, prefirió suicidarse antes que presentar combate— estaban en poder de los franceses. Víctor Hugues era dueño de la Guadalupe, pudiendo anunciar a todos que ahora se trabajaría en paz. Y, para apoyar sus palabras con algún gesto simbólico, plantó los árboles que habrían de dar sombra en el futu-

ro a la Place de la Victoire. Entonces tuvo lugar el acontecimiento que todos esperaban, desde hacía tiempo, con angustiada curiosidad: la guillotina empezó a funcionar en público. El día de su estreno en las personas de dos capellanes monárquicos que habían sido sorprendidos en una granja donde se ocultaban fusiles y municiones, la ciudad entera se volcó en el ágora donde se alzaba un fuerte tablado con escalera lateral, al estilo de París, montado en cuatro horcones de cedro. Y como las modas republicanas ya se habían insinuado en la colonia, aparecieron mestizos vestidos de cortas chaquetas azules y pantalón blanco listado de rojo, en tanto que las mulatas lucían madracas nuevos con los co-